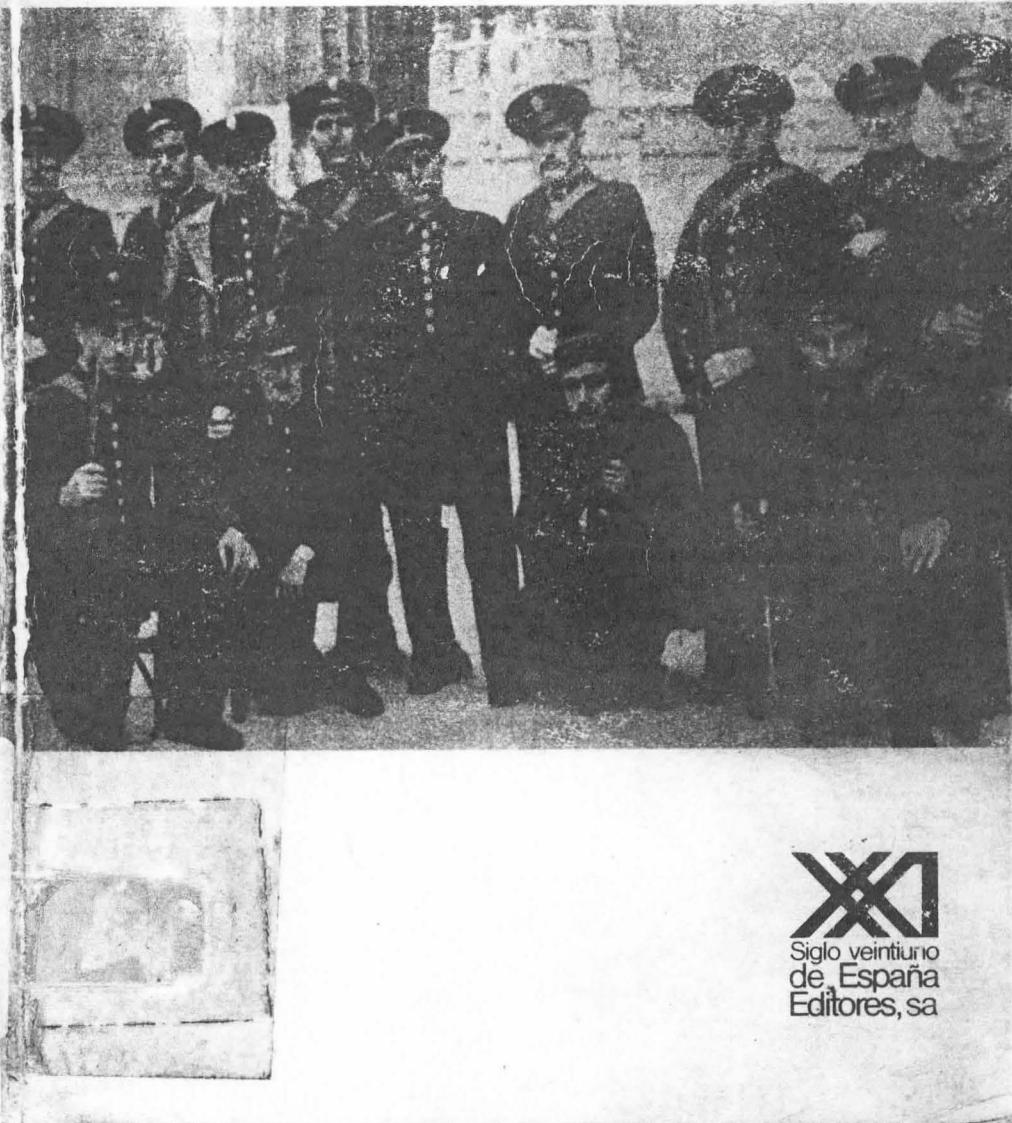


H-8281  
F-26

ARL  
32

J. M. Sánchez, J. A. S. Gómez, F. Claudio,  
J. Díaz, J. M. Ojeda, J. A. Vázquez García,  
J. L. Gómez, P. Preston, A. M. Calero,  
J. M. Almudena, J. Girón, M. Pérez Ledesma,  
J. Gómez, A. Situbert, J. Benavides,  
J. M. Maza, J. Alvarez Junco, L. Péramo

**Octubre 1934**



XI  
Siglo veintiuno  
de España  
Editores, sa

OCTUBRE 1934

Cincuenta años para la reflexión

En la edición de la presente obra ha colaborado  
la Fundación José Barreiro, de Oviedo.

G. Jackson, P. Broué, B. Bayerlein, F. Claudín,  
J. L. García Delgado, G. Ojeda, J. A. Vázquez García,  
M. Cabrera, S. Juliá, P. Preston, A. M.<sup>a</sup> Calero,  
J. P. Fusi Aizpurúa, J. Girón, M. Pérez Ledesma,  
P. I. Taibo II, A. Shubert, D. Benavides, J. M. Macarro,  
J. Alvarez Junco, L. Paramio





**siglo veintiuno editores, sa**  
CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

**siglo veintiuno de españa editores, sa**  
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

**siglo veintiuno argentina editores, sa**

**siglo veintiuno de colombia, Itda**  
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO. BOGOTA, D.E. COLOMBIA

Primera edición, mayo de 198

© Siglo XXI de España Editores, S. A.  
Calle Plaza, 5. 28043 Madrid

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España

Printed and made in Spain

## Diseño de la cubierta: El Cub

ISBN: 84-323-0515-1

ISBN. 84-323-0919-4  
Depósito legal: M. 18

Depósito legal: M. 18.489-1983

Compuesto en Alfran, S. A.

Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa  
Paracuellos del Jarama (Madrid)

## INDICE

Nota preliminar, por Germán Ojeda	x
MARCO GENERAL	
Fascismo y antifascismo, 1922-1939, por Gabriel Jackson	3
Octubre del 34 en el contexto europeo, por Pierre Broué	9
El significado internacional de Octubre de 1934 en Asturias. La Comuna asturiana y el Komintern, por Bernhard Bayerlein	19
1. Octubre de 1934: El Komintern hace historia, 19.—2. Octubre de 1934 y las dificultades en la transición a una política de Frente Popular, 23.—3. La ofensiva asturiana del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, 26.—4. La creación del «mito de Octubre del Komintern» como puerta de entrada a la política de Frente Popular, 28.—5. Acción de ayuda del Komintern, unidad de acción y comienzo del proceso de transformación después de Octubre, 33.—6. El «Octubre del Komintern» y la consecuencia: panorama, 37.	
Algunas reflexiones sobre Octubre 1934, por Fernando Claudín	41
SITUACION ECONOMICA	
Tensiones y problemas en la economía española de los primeros años treinta, por José Luis García Delgado	49
Introducción, 49.—El final de la Dictadura y la Monarquía, 50.—El difícil comienzo del decenio de 1930, 57. A modo de epílogo, 61.	
* La crisis económica asturiana de los años 30, por Germán Ojeda	63
El contexto económico de Octubre del 34 en Asturias: La industria hullera, por Juan Antonio Vázquez García	75
Las organizaciones patronales ante la legislación laboral republicana: A propósito de Octubre de 1934, por Mercedes Cabrera	87
FUERZAS POLITICAS	
Los socialistas y el escenario de la futura revolución, por Santos Juliá	103

<i>La República como resultado de una revolución</i> , 105.— <i>Salida del gobierno y reivindicación de todo el poder</i> , 111.— <i>Doble escenario de revolución</i> , 114.— <i>Pérdida de elecciones y reducción de los escenarios de revolución</i> , 118.— <i>Aislamiento político y espera de revolución</i> , 128.	
→ La Revolución de Octubre en España: La lucha de las derechas por el poder, por <i>Paul Preston</i> ... ... ... ...	131
Octubre visto por la derecha, por <i>Antonio M.<sup>a</sup> Calero</i> ... ... ...	159
1. <i>Los hechos revolucionarios</i> , 162.—2. <i>Las causas de la revolución</i> , 170.—3. <i>Significado y consecuencias</i> , 174.	
Nacionalismo y revolución: Octubre de 1934 en el País Vasco, por <i>Juan P. Fusi Aizpurúa</i> ... ... ...	177
<i>La tensión pre-revolucionaria en el País Vasco</i> , 178.— <i>Los sucesos de Octubre</i> , 183.— <i>El PNV y la revolución</i> , 189.	
Asturias, Octubre de 1934: El fracaso de un intento de alianza electoral entre socialistas y comunistas, por <i>José Girón</i> ... ...	197
<b>MOVIMIENTO OBRERO</b>	
† El movimiento obrero antes de Octubre: De la moderación a la violencia revolucionaria, por <i>Manuel Pérez Ledesma</i> ... ...	209
<i>Esperanzas y frustraciones</i> , 210.— <i>Llegan los «adormideras</i> », 214.— <i>«Con tacto, con juicio»</i> , 218.— <i>Exito y fracaso de una actitud sindical</i> , 225.— <i>A modo de conclusión</i> , 228.	
† Las diferencias asturianas, por <i>Paco Ignacio Taibo II</i> ...	231
Entre Arboleya y Comillas. El fracaso del sindicalismo católico en Asturias, por <i>Adrian Shubert</i> ...	243
Maximiliano Arboleya y su interpretación de la Revolución de Octubre, por <i>Domingo Benavides</i> ...	253
1. <i>Antecedentes biográficos</i> , 253.—2. <i>La revolución y sus desastres</i> , 257.—3. <i>Después de la revolución</i> , 262.	
† Octubre: un error de cálculo y perspectiva, por <i>José Manuel Macarro Vera</i> ...	269
El anticlericalismo en el movimiento obrero, por <i>José Alvarez Junco</i> .	283
Revolución y conciencia preindustrial en Octubre del 34, por <i>Ludolfo Paramio</i> ...	301
Bibliografía sobre la insurrección revolucionaria de Octubre de 1934 en España ...	317

## NOTA PRELIMINAR

El cincuentenario de la revolución obrera de Octubre de 1934 ha puesto de nuevo en evidencia que la historia no sólo es la recuperación de la memoria crítica sobre el olvido indolente, sino también un instrumento al servicio de la manipulación política y del agiotismo de bandería: muchos aprovecharon la ocasión para destacar la *Comuna* asturiana como ejemplo de la poca credibilidad democrática de los socialistas por organizar una revolución armada contra el orden constitucional, mientras otros ponían el énfasis en la heroicidad del movimiento obrero como *deus ex machina* que acabará triunfando sobre las fuerzas burguesas.

Tratando de devolver a la historia su protagonismo, la Fundación José Barreiro de Oviedo puso en marcha un gran debate sobre la revolución de Octubre entre historiadores de distintas escuelas y protagonistas de diversas tendencias, con el declarado propósito de entender por qué los obreros cogieron entonces el fusil para cambiar España a golpes, por qué aquella paz de odios largamente acumulada estalló así, por qué se produjo ese intento de revolución romántica.

El resultado de las principales aportaciones historiográficas al debate es este libro, donde se recogen distintos aspectos relacionados con el movimiento de Octubre, organizados temáticamente: primero, el contexto histórico general de ascenso del fascismo en Europa y recuperación de la derecha en España; luego, el análisis de la negativa coyuntura económica como consecuencia de la depresión exterior y la recesión interior; después, la situación de las fuerzas políticas y, por último, los distintos movimientos obreros que confluyen en Octubre. El libro se completa con una exhaustiva bibliografía sobre el tema.

Un rasgo distingue a la mayoría de los trabajos aquí presentados: la novedad, pues se trata de contribuciones originales que gene-

ralmente aportan nuevos datos para analizar Octubre con rigor. Algunos destacan además por realizar planteamientos metodológicos renovadores sobre el papel de las fuerzas políticas y del movimiento obrero. El conjunto es un libro riguroso, sin héroes ni mártires, que seguramente contribuirá a evitar típicas confrontaciones partidistas y a superar tópicos esquemas historiográficos sobre Octubre del 34.

G. O.

## MARCO GENERAL

## NACIONALISMO Y REVOLUCIÓN: OCTUBRE DE 1934 EN EL PAÍS VASCO

JUAN P. FUSI AIZPURUA

Probablemente fuese en el País Vasco donde los acontecimientos de octubre de 1934 tuvieran mayor gravedad en toda España, excepción hecha, claro está, de los dos centros neurálgicos de la revolución, Asturias y Cataluña. En total, la revolución dejó en el País Vasco un saldo de 40 víctimas mortales —entre ellas, una personalidad de la relevancia de Marcelino Oreja, diputado por Vizcaya en 1931 y 1933 y destacado militante del catolicismo político—, centenares de heridos y no menos de 1 500 encarcelados y procesados<sup>1</sup>. El País Vasco debió tener, lógicamente, un importante valor en los planes de la revolución: primero, por la fuerza que el Partido Socialista tenía en la región, sobre todo, en Vizcaya, base política de Indalecio Prieto, uno de los líderes del movimiento; segundo, por la importancia estratégica de las zonas minera y fabril de Bilbao —primer centro siderometalúrgico del país— y de Eibar, principal núcleo de fabricación de armas en España (una treintena de fábricas, más de medio millón de unidades de producción anual) y, como Bilbao, uno de los bastiones históricos del socialismo español y vasco.

<sup>1</sup> El 16 de octubre, el número de detenidos en Vizcaya era de 900; en Guipúzcoa, de 720, el día 19: *La Voz de Guipúzcoa*, 16, 20 de octubre de 1934. No hay ningún estudio de la revolución del 34 en el País Vasco. Las referencias a la misma tanto en libros de historia vasca como en libros de índole general están llenas de imprecisiones.

## LA TENSION PRE-REVOLUCIONARIA EN EL PAIS VASCO

Y no solamente eso; los acontecimientos de los meses anteriores a octubre de 1934 habían hecho del País Vasco uno de los focos de mayor tensión del país, lo que sin duda debió hacer pensar a los responsables de la revolución que el movimiento podría tener allí una respuesta amplia y decidida. En febrero de 1934, se había suscitado la cuestión de Alava: el diputado tradicionalista Oriol planteó ante la Comisión parlamentaria que estudiaba el Estatuto de autonomía para el País Vasco la exclusión de Alava, alegando que, en el referéndum celebrado en noviembre de 1933, el porcentaje de votos a favor de la autonomía en dicha provincia no había llegado al 50% (lo que era cierto). Como consecuencia, el Estatuto vasco quedó estancado.

Luego, el 12 de junio, el Partido Nacionalista Vasco (PNV) —primer partido vasco tras las elecciones de 1933— se retiró de las Cortes en solidaridad con la Esquerra Republicana de Cataluña, después que el Tribunal de Garantías Constitucionales anulase una ley de cultivos aprobada por el Parlamento catalán. De junio a septiembre, se produjo el conflicto más grave, un conflicto ya de verdadera repercusión nacional: la «rebelión» de los ayuntamientos vascos contra los planes del gobierno —presidido por el radical Samper— de introducir un Estatuto del vino considerado como atentatorio contra el Concierto Económico de las provincias vascas.

No es éste el lugar para analizar con detalle el pleito de los municipios vascos, ni para dilucidar responsabilidades ni para precisar las implicaciones políticas del asunto<sup>2</sup>. A los efectos de estas líneas basta con recordar que republicanos, socialistas y nacionalistas vascos coincidieron en la defensa de la actitud de los ayuntamientos, aunque lo hicieran por razones distintas; y que el punto clave del conflicto fueron las elecciones convocadas por los ayuntamientos para el 12 de agosto con el propósito de nombrar una Comisión que negociara la defensa del Concierto. El gobierno prohibió las elecciones —que aunque eran elecciones indirectas (votaban los conce-

<sup>2</sup> Véase José Antonio Aguirre, *Entre la libertad y la revolución. 1930-1935. La verdad de un lustro en el País Vasco*, Bilbao, 1935; 2.<sup>a</sup> ed., 1976, y Juan P. Fusi Aizpurúa, *El problema vasco en la II República*, Madrid, 1979; todo lo referente al verano del 34 se basa en esos dos trabajos y en la prensa local.

jales) planteaban un grave problema de competencias y de poder—; usó la fuerza para intentar impedir su celebración, detuvo y procesó a numerosos alcaldes y concejales —en cifra superior al millar— y, finalmente, ya en septiembre, sustituyó a numerosos ayuntamientos —que habían optado por dimitir en bloque desde el día 7— por comisiones gestoras de designación gubernamental.

En septiembre, precisamente, la tensión alcanzó su mayor intensidad. El día 2, los parlamentarios vascos, presididos por el líder socialista Prieto, celebraron una asamblea en Zumárraga en solidaridad con los municipios, asamblea prohibida por las autoridades —que movilizaron a la policía para impedirla— y que contó con la significativa presencia de diputados catalanes de la Esquerra; el día 7 fue la dimisión ya mencionada de los ayuntamientos; el 10, fueron detenidos el alcalde y treinta y un concejales del Ayuntamiento de Bilbao —conducidos seis días después a la cárcel de Burgos—, acusados de un delito de sedición. El día anterior, el 9 de septiembre, era asesinado en San Sebastián el propietario de un hotel y conocido falangista Manuel Carrión Damborenea, y el mismo 10, moría, igualmente asesinado en la capital guipuzcoana, Manuel Andrés Casaus, ex director general de Seguridad con Azaña, fundador y miembro del comité nacional de Acción Republicana y uno de los dirigentes del republicanismo de izquierda de San Sebastián<sup>3</sup>. Cuando la opinión no se había repuesto —no se recordaban en San Sebastián actos de masas como los funerales y entierro de Manuel Andrés, presididos por Azaña y Prieto—, el día 15 fue detenido, acusado de estar implicado en un contrabando de armas descubierto días antes en Asturias —el alijo del *Turquesa*—, el industrial bilbaíno Horacio Echevarrieta, naviero, banquero, minero, constructor de barcos, ex diputado por Bilbao (de 1910 a 1914), ex propietario del diario bilbaíno *El Liberal* y, en tiempos, íntimo amigo de Prieto. La detención apuntaba a éste: el recuerdo de aquella amistad, ya rota, infundía la sospecha de que Echevarrieta pudiera haber adquirido las armas que Prieto necesitaba para una revolución cuya preparación no desconocía nadie (que eso no fuera cierto interesa menos que el hecho mismo de que el gobierno tratara de llevar tal impresión a la opinión pública).

<sup>3</sup> Ambos sucesos en *La Voz de Guipúzcoa*, San Sebastián, 11 y 13 de septiembre de 1934.

178

Todo ello —rebeldía de los ayuntamientos, atentados, noticias y rumores alarmantes— configuraba un marco político y social polarizado y conflictivo. En el pleito de los ayuntamientos, lo interesante políticamente había sido la colaboración de la izquierda vasca (republicanos y socialistas) con el Partido Nacionalista, hecho verdaderamente insólito y novedoso en la historia contemporánea vasca. Se trataba, probablemente, de una coincidencia meramente coyuntural y no, como argumentaría la derecha después de Octubre, del primer paso en la escalada hacia una revolución a la vez «marxista» y «separatista». A la izquierda, la cuestión del Concierto Económico y de la autonomía de los municipios le interesaba probablemente poco. Lo que sin duda le interesaba más —por lo menos a Prieto— era la apertura de un nuevo frente de problemas contra el gobierno Samper y, por extensión, contra la situación centro-derechista salida de las elecciones del 33. Al PNV, en cambio, le interesaba el problema en sí desde el momento en que derivó hacia un pleito de soberanías (gobierno central - municipios vascos). La radicalización del PNV en el verano de 1934 se debió al descontento del partido por el fracaso de la autonomía vasca tras la cuestión alavesa: a que el nacionalismo vasco no podía quedar al margen de un conflicto en que parecía estar en juego la autonomía económica vasca (la iniciativa había correspondido al Ayuntamiento de Bilbao, de mayoría republicano-socialista, y el liderazgo personal del problema recayó en el alcalde de San Sebastián, también republicano, Fernando Sasiain); y al temor de los elementos moderados del partido a verse desbordados por los sectores independentistas del mismo, en evidente ascenso desde 1933-34<sup>4</sup>.

Que la coincidencia era meramente coyuntural; que el PNV había ido al pleito municipalista esencialmente en defensa del Concierto y de la autonomía de los municipios; que su aproximación a la izquierda, que culminó en el acto de Zumárraga, no tenía ni más alcance ni más finalidad que aquella, quedaría de relieve, como veremos, precisamente en los sucesos de 1934, con independencia de que pudiera haber habido alguna complicidad ocasional, complicidad en todo caso nunca autorizada oficialmente por la dirección del PNV y jamás sustanciada convincentemente. Además, un análisis atento de los acontecimientos del verano del 34 habría presentado en su

<sup>4</sup> Véase A. Elorza, *Ideologías del nacionalismo vasco. 1876-1937 (de los «euskaros» a Jagi Jagi)*, San Sebastián, 1978, pp. 441-464.

verdadera dimensión la política del PNV. Al menos, habría revelado que, en distintas ocasiones, los hombres del PNV trataron de buscar algún tipo de salida razonable al pleito de los ayuntamientos y que, al fracaso de tal solución, contribuyó a veces decisivamente la obsesión antinacionalista del gobernador civil de Vizcaya, Angel Velarde.

Un análisis de esa naturaleza habría hecho ver que, en los días inmediatamente posteriores a la asamblea de Zumárraga, el PNV quiso marcar distancias respecto a los otros grupos implicados en el asunto, aunque no llegara a romper con ellos y aunque aún mantuviera contactos con la Esquerra catalana. Así, el 10 de septiembre, el PNV rechazó la propuesta de que los partidos políticos formaran unas comisiones que asumiesen la dirección del pleito municipalista. Y lo hizo, como explicaría *Euzkadi*, portavoz del partido, porque la intervención de los partidos habría dado al conflicto un sesgo político que al PNV no interesaba<sup>5</sup>; y porque los líderes del PNV —José Antonio Aguirre al menos— veían en las comisiones interpartidistas la evidencia encubierta de un compromiso revolucionario<sup>6</sup>. El 28 de septiembre, tras una reunión en Vitoria de varios miembros de la minoría parlamentaria nacionalista (Aguirre, Irujo, Vicuña, Heliodoro de la Torre, Robles Aranguiz y Landáburu) con el órgano supremo del partido, el Euzkadi-Buru-Batzar, se acordó que el PNV volviese al Parlamento —recuérdese que se había retirado en junio— por entender que habían cesado los motivos de la retirada, lo que indicaba que el PNV se daba por satisfecho con la distensión que en las relaciones entre el gobierno de Madrid y la Generalidad catalana pareció observarse a fines de septiembre, y que confirmó el mismo presidente catalán Companys al líder vasco Aguirre en las reuniones que celebraron en Barcelona los días 24 y 25. Probablemente fue en aquella reunión de Vitoria de 28 de septiembre —o en alguna inmediata a la misma— cuando el PNV tomó la resolución de no adherirse a la revolución:

... el Consejo Supremo del Partido Nacionalista Vasco —explicó el jefe de la minoría parlamentaria, José Horn y Areizaga en carta dirigida a *La Gaceta del Norte de Bilbao*, que no rectificó nadie— conforme con el asesoramiento de la minoría parlamentaria, a la que oyó y consultó, no

<sup>5</sup> «El pleito municipalista», *Euzkadi*, 26 de octubre de 1934.

<sup>6</sup> J. A. Aguirre, *op. cit.*, pp. 523-525.

sólo no resolvió participar en el rumoreado movimiento, sino que acordó precisamente todo lo contrario, o sea, no apoyar ni contribuir en el que se anunciable como «huelga general revolucionaria»<sup>7</sup>.

Fue en razón de esa resolución por lo que Aguirre rechazó la proposición que se le hizo desde la izquierda al PNV, en Madrid, el 3 de octubre, para unirse a la revolución a cambio de ofrecimientos que otro diputado vasco, independiente pero muy próximo al PNV, Rafael Picavea («Alcibíbar»), calificó de los «más halagüeños»<sup>8</sup>. Y por eso también que, una vez iniciada la revolución, el PNV cursara órdenes inequívocas a sus afiliados: «Abstención, absoluta abstención, de participar en movimiento de ninguna clase —exigía— prestando atención a las órdenes que en caso preciso serán dadas por las autoridades»<sup>9</sup>.

Y, sin embargo, las dudas sobre el papel del PNV persistieron. La derecha desencadenó una implacable campaña de acusaciones contra el nacionalismo. En particular, *La Gaceta del Norte* y *El Pueblo Vasco*, de Bilbao; *El Diario de Navarra*, de Pamplona, y *ABC*, de Madrid, denunciaron reiteradamente la participación o la complicidad (o la ambigüedad, pero en cualquier caso la responsabilidad) del PNV en la revolución socialista. E incluso desde la izquierda se dudaba de la supuesta neutralidad del racionalismo vasco:

Sabía el Partido Nacionalista —escribía el republicano de izquierda Pedro Sarasqueta en la *Voz de Guipúzcoa* de San Sebastián, el 13 de octubre— que la opinión pública le señalaba como complicado o por lo menos en relación y enlace con el movimiento revolucionario especialmente en lo que a Cataluña se refiere.

Y añadía:

nadie ha dado crédito de las tardías manifestaciones del Partido Nacionalista y, menos aún, al ver que la Solidaridad de Obreros Vascos se apresuró a tomar parte en la huelga revolucionaria<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> *La Gaceta del Norte*, 30 de octubre de 1934.

<sup>8</sup> Alcibíbar, «Al pasar la ola...», *El Pueblo Vasco*, San Sebastián, 12 de octubre de 1934; además, J. A. Aguirre, *op. cit.*, p. 543.

<sup>9</sup> J. A. Aguirre, *op. cit.*, p. 545.

<sup>10</sup> P. Sarasqueta, «Nacionalismo convencional», *La Voz de Guipúzcoa*, 13 de octubre de 1934. sov (o stv: Solidaridad de Trabajadores Vascos) era la central sindical nacionalista.

De lo dicho antes, se puede anticipar ya que Sarasqueta erraba en muchas de sus afirmaciones. En lo que acertaba, en cambio, era en su apreciación de que la opinión pública creía mayoritariamente que el PNV estaba implicado en la revolución. Lo que sirve para enfatizar de nuevo que lo que verdaderamente dio a la revolución de Octubre de 1934 su carácter diferencial en el País Vasco fue precisamente la existencia de un partido como el nacionalista vasco; y que lo que hay que dilucidar es si existió o no relación entre el pleito municipalista del verano del 34 y los sucesos de Octubre, y si el PNV estuvo o no verdaderamente comprometido en el movimiento revolucionario (y conviene hacer la advertencia de que probablemente no exista evidencia incontrastablemente concluyente al respecto). <sup>6emos</sup>

#### LOS SUCESOS DE OCTUBRE

En las líneas anteriores, hay ya algunos elementos que podrían ayudar a perfilar la respuesta a tales interrogantes. Pero ello exige un análisis de lo sucedido en el País Vasco a partir del 5 de octubre, día en que, allí como en todas partes, estalló la revolución del 34. La geografía de las víctimas mortales revela ya cuáles fueron los puntos neurálgicos del conflicto: decisivos muertos en Bilbao —de ellos, once entre los días 5 al 11—, seis en Eibar —todos ellos en la mañana del viernes 5—, cuatro en Mondragón —igualmente, como en Eibar, en la mañana del día 5—, tres en Portugalete (el lunes 8), seis en Pasajes (también el 8), dos en Durango (el día 9), dos en San Sebastián, uno en Tolosa; quedaron sin confirmar las muertes de tres personas en Baracaldo, ya el día 12 —dos de ellos francotiradores— y de otra más en Valmaseda<sup>11</sup>.

La naturaleza de las víctimas también es reveladora. Las fuerzas del orden tuvieron dos víctimas mortales: el guardia civil Gerardo Huici, muerto en Portugalete, y el de asalto Gregorio Saez, en Eibar. Tuvieron, además, una cifra no muy aparatoso de heridos: en Vizcaya, once guardias y tres soldados. La mayoría de las vícti-

<sup>11</sup> Todo lo referente a los sucesos está basado en la prensa. Han sido consultados *Euzkadi*, *El Liberal*, *El Pueblo Vasco*, *La Gaceta del Norte*, de Bilbao; *La Voz de Guipúzcoa*, *El Pueblo Vasco*, de San Sebastián; *La Libertad*, de Vitoria; *El Diario de Navarra*, *El Pensamiento Navarro*, de Pamplona; *El Sol*, de Madrid, 5-30 de octubre de 1934.

mas fueron, por tanto, huelguistas. Pero con excepciones: los dos muertos de Durango fueron dos ferroviarios afiliados a los Sindicatos Profesionales, agredidos por huelguistas al negarse a secundar el paro. En Mondragón, el diputado Marcelino Oreja, presidente de Unión Cerrajera, la gran factoría metalúrgica de la localidad, y Dagoberto Rezusta, consejero de la misma empresa y diputado provincial, fueron asesinados por piquetes de huelguistas que los «fusilaron» —es la expresión que se empleó— contra la pared posterior de un frontón, y lo hicieron por la significación empresarial y patronal de las víctimas (Oreja, tradicionalista; Rezusta, afiliado al partido radical). Además, el trabajador Eugenio Edurra resultó muerto, también en Mondragón y también por disparos de huelguistas, cuando se dirigía en bicicleta a su trabajo y negarse, como los ferroviarios de Durango, a incorporarse a la huelga. En Eibar, una de las víctimas fue el dirigente carlista Carlos Larrañaga, muerto a tiros en la calle cuando volvía de la iglesia. En Bilbao, una de las víctimas fue un comerciante agredido al intentar abrir su establecimiento.

La huelga fue prácticamente general en todas las localidades de Vizcaya y Guipúzcoa. En cambio, en Alava, no puede hablarse en realidad de huelga: el sábado 6, se declararon en paro los panaderos de Vitoria y, al día siguiente, hubo huelgas parciales en algunas fábricas y talleres. Pero no hubo incidentes violentos en ningún momento: los periódicos no dejaron de publicarse un solo día; bares, cafés, tabernas y comercio permanecieron abiertos como de costumbre; los trenes de Burgos y Madrid llegaron regularmente, aunque con algún retraso. Desde el lunes 8, la normalidad fue casi total tanto en Vitoria como en la provincia<sup>12</sup>.

Por lo que hace a Vizcaya y Guipúzcoa, la revolución tuvo el carácter de una huelga insurreccional que duró entre los días 5 y 12 de octubre, si bien desde el día 8 se percibió ya una tendencia clara hacia el retorno a la normalidad, a pesar de que en algunos puntos —en concreto, en la zona minera de Vizcaya y en Eibar—, el paro se prolongara hasta el lunes 15 de octubre. El carácter de los sucesos quedó definido por los mismos objetivos y naturaleza de los actos

<sup>12</sup> El caso de Navarra fue idéntico al de Alava. Hubo intentos aislados y fallidos de imponer la huelga en pueblos de la ribera (Cortes, Peralta, Falces, Viana, Tudela, etc.), en Pamplona (donde estalló algún petardo) y Alsasua-Olazagutía (donde el día 8, en un choque con la Guardia Civil, resultó muerto un huelguista). Salvo en Alsasua, no llegó a alterarse la normalidad ciudadana.

llevados a cabo: paralización absoluta del trabajo en factorías, talleres y oficinas, mediante coacciones de piquetes en caso preciso; cierre de comercios, también mediante intimidaciones donde fue necesario; corte de las comunicaciones y del abastecimiento a las capitales y localidades importantes, forzándose el colapso del tráfico de ferrocarriles de largo recorrido y cercanías, líneas de autobuses y tranvías urbanos (mediante levantamiento de vías, barricadas, derribo de árboles, tiroteos contra tranvías y coches, etc.); hostigación armada continua a las fuerzas de orden, incluyendo intentos de asalto a cuarteles de la Guardia Civil; tentativa de ocupación de lugares estratégicos (puentes, centrales eléctricas, correos, telégrafos, depósitos de agua, etc.).

El esquema se repitió con mayor o menor intensidad en numerosas localidades. Se trató de una ocupación sin resistencia en la zona minera de Vizcaya, donde las fuerzas de orden público, abrumadora-mente desbordadas por los huelguistas, optaron por retirarse y concentrarse en Bilbao: la zona quedó prácticamente en manos de los mineros —unos 3 000 hombres— que se limitaron a labores de vigilancia y patrullaje, sin que se registrase una sola víctima. Tuvo el carácter de una acción estratégica en Bilbao y en ambas márgenes de la ría (Baracaldo-Sestao-Portugalete; Deusto-Erandio-Lejona), encaminada a forzar la paralización y la incomunicación de la capital y de toda la zona fabril y portuaria. Finalmente, la revolución equivalió prácticamente a una insurrección armada en Eibar y Mondragón: en ambas localidades guipuzcoanas, el objetivo de los grupos armados era la ocupación «militar» de la localidad. En Eibar, el cuartel de la Guardia Civil, cuya rendición era, como en Mondragón, objetivo prioritario de la acción insurreccional, fue tiroteado intensamente desde alturas y edificios próximos; fuertes barricadas trataron de impedir la entrada de tropas en la ciudad; los huelguistas ocuparon las calles, puntos y edificios principales (Ayuntamiento, Escuela de Armería, Estación del ferrocarril) —la localidad entera—, quedando la Guardia Civil refugiada en su cuartel y en el interior de algunas factorías de armas. En Mondragón, la acción se concentró también sobre el cuartel de la Guardia Civil, objeto de incesantes ataques desde primeras horas de la madrugada del día 5 de octubre: la localidad quedó en manos de los revolucionarios que proclamaron la «república socialista» —o «el comunismo» o «el comunismo libertario», que las tres expresiones aparecen en los informes de la pren-

sa—, ocuparon la estación, destrozaron la central telefónica, requisaron diversos establecimientos —regulando el reparto de alimentos— y procedieron a detener a un total de sesenta personas consideradas como enemigas de la revolución (entre ellas, Oreja y Rezusta).

Estos fueron los principales escenarios de la revolución de Octubre en el País Vasco. Hay que recordar, no obstante, que el paro fue total en Vizcaya y Guipúzcoa, aunque sólo tuviera carácter verdaderamente insurreccional en los puntos indicados. En San Sebastián, Irún, Tolosa, Beasain, Rentería, Hernani, Vergara y otros centros industriales de Guipúzcoa, la huelga fue, en general, pacífica, aunque se produjeran incidentes aislados de mayor o menor intensidad (tiroteos contra la fuerza pública, cargas de ésta, acción de piquetes, estallido de algún petardo, etc.). En Pasajes, sin embargo, esos incidentes cobraron particular gravedad cuando ya la huelga estaba vencida en la provincia y cuando la situación se había normalizado en muchos puntos: seis personas murieron en el intenso tiroteo entre revolucionarios, soldados y guardias que se prolongó a lo largo de la noche del día 8 al 9.

En Vizcaya, no hubo sucesos tan graves como los de Eibar y Mondragón. La acción estratégica en torno a Bilbao y los pueblos de ambas márgenes de la ría tuvo, desde luego, momentos de evidente violencia: fueron particularmente duras, según las informaciones de la prensa, las intervenciones de la fuerza pública (guardias civiles y de asalto, tropas del Ejército) en San Salvador del Valle y Gallarta, ambas en la carretera Bilbao-Santander y puntos de enlace entre las zonas minera y metalúrgica, así como en Baracaldo-Portugalete, todo ello durante el sábado 6 (esto es, el segundo día de la huelga). En Bilbao, hubo tiroteos continuos e intensos en distintos puntos de la ciudad durante el domingo 7. Pero, puede decirse que los incidentes tuvieron una gravedad comparativamente menor y que la violencia cesó —salvo brotes esporádicos— tanto en Bilbao como en la ría desde el día 8.

De todo lo dicho, convendría subrayar tres circunstancias: el fracaso relativo de la huelga revolucionaria en Bilbao, la sorprendente pasividad de los mineros de Somorrostro (aunque la huelga se prolongó allí hasta el día 20; desde el día 13 se ordenó el bombardeo de la zona por una escuadrilla de aviación de reconocimiento, acción que disuadió a los focos de resistencia, unos 300 hombres,

sin que, al parecer, se produjeran víctimas mortales); y, finalmente, el estrangulamiento de la insurrección en Eibar.

El fracaso de la huelga en Bilbao —que arrastró al fracaso a la zona metalúrgica de Baracaldo-Sestao y que explicaría la pasividad de los mineros— debe ser atribuida, en gran parte, a la prontitud y energía con que intervinieron las autoridades locales y principalmente el gobernador civil Angel Velarde (el estado de guerra, que dio el mando a los militares, se declaró en la noche del 6 al 7 y, para entonces, era ya claro que la insurrección no podría triunfar en Bilbao). Velarde había tomado medidas especiales de vigilancia días antes de que la revolución estallara. El 30 de septiembre, ordenó la concentración de la Guardia Civil en puntos estratégicos y núcleos de población importantes, medida que si supuso el abandono de la zona minera, le permitió a cambio controlar la situación en el importantísimo sector fabril de Baracaldo y Sestao. Desde aquel día, quedaron cortadas por tropas del Ejército y efectivos de la Guardia Civil y Guardia de Asalto todas las entradas a Bilbao: la posibilidad de una marcha sobre la capital desde la zona minera (o desde Baracaldo-Sestao) quedó así abortada. Desde diez días antes de la revolución, se vigilaban fábricas de luz, depósitos de conducción de agua y centrales telefónicas; el mismo día 5, se procedió a la detención de las ejecutivas de las agrupaciones socialistas y comunistas, y a la clausura de casas del pueblo y centro obreros (y nacionalistas): la revolución quedó descabezada. Velarde consiguió, por tanto, yugular la revolución en Vizcaya casi antes de que ésta comenzara:

El día anterior a la huelga —pudo decir en unas largas declaraciones a la prensa local hechas el 27 de octubre— estaba ya totalmente conseguido, con el corte de la ría y las cabeceras de comunicación principales, el aislamiento de los focos peligrosos. Y la zona fabril [añadía], perfectamente preparada para que el movimiento no pudiera tener en ella la amplitud que los revolucionarios esperaban<sup>13</sup>.

Descontados algunos extremos exagerados fruto de la autosatisfacción del gobernador, la versión de Velarde parece verosímil y creíble y, por tanto, suficiente para explicar lo ocurrido en Vizcaya. Al parecer, el primer día de la huelga, un contingente de 500 hombres armados procedente de las minas de Somorrostro intentó llegar a

<sup>13</sup> *Euzkadi*, 28 de octubre de 1934. La zona fabril era Baracaldo-Sestao.

Bilbao; tuvieron que optar por volverse a la zona minera ante el fracaso de la revolución en la capital.

Incluso más importante parece, retrospectivamente, el estrangulamiento de la revolución en Eibar (los sucesos de Mondragón, aunque brutal e innecesariamente sangrientos, tuvieron mucha menor importancia estratégica). Las autoridades, al menos, estaban convencidas de que Eibar era, en los planes de la revolución, el centro de suministro de abastecimiento de armas de Vizcaya y Guipúzcoa, estimándose que pudiera haber acumuladas en la villa minera no menos de 200 000 armas cortas y unos dos millones de cartuchos. Las autoridades temían, lógicamente, la capacidad para la acción de una masa obrera de unos 6 000 trabajadores, de una localidad con una fuerte tradición izquierdista —Eibar fue la primera localidad en proclamar la II República en toda España— y donde los socialistas disponían de cooperativas de producción propias (Alfa, Danok-Bat) y de abundantes recursos (dinero, armas —se estimaba que en Alfa tenían unas 7 000 pistolas—, munición, medios de transporte, alimentos, etc.).

Las autoridades actuaron en consecuencia. El gobernador civil de Guipúzcoa, Emeterio Muga, tenía previsto de antemano un plan de intervención en Eibar. Envío desde San Sebastián guardias de asalto y pidió que se mandaran desde Bilbao algunos carros de esa fuerza armados con ametralladoras: Velarde pudo despachar hacia allí un destacamento de cien hombres. Muga concentró en Eibar la Guardia Civil de los pueblos vecinos (Elgóibar, Ermua, Placencia); y desde Vitoria se enviaron dos compañías de infantería armadas «con todo elemento de guerra», en palabras del gobernador, que llegaron a Eibar sobre las dos la tarde del mismo viernes 5 de octubre. A ese dispositivo se añadió la decisiva actuación del oficial al mando de las tropas de la Guardia Civil en Eibar, el capitán José Garrigós. Garrigós acertó a distribuir sus hombres de forma que las principales fábricas de armas tuvieran cuando menos una mínima protección armada; lejos de replegarse en el cuartel, efectuó varias salidas arriesgadas y energicas que cogieron por sorpresa a los revolucionarios, les hicieron abandonar varias posiciones estratégicas de especial importancia, y despejar alguno de los puntos de entrada a la localidad. Cuando llegaron los refuerzos de Bilbao y San Sebastián, Garrigós tomó la iniciativa y, tras disponer unas cuantas operaciones militares oportunas, logró forzar el repliegue de los revo-

lucionarios en algunos edificios aislados. Cuando llegaron las tropas de Vitoria, Garrigós estaba negociando la rendición con el dirigente socialista Toribio Echeverría; hacia las tres de la tarde del mismo 5 de octubre, la resistencia había cesado y la revolución había concluido.

Cuando el día 6 el comandante militar de Guipúzcoa, el coronel León Carrasco, se hizo cargo del mando en la provincia, vio ya que el movimiento estaba terminado. Sólo quedaron los focos de San Sebastián y Pasajes, donde aún ocurrían los sucesos, ya citados, de la noche del 8 al 9 pero que, pese a las víctimas, no debieron ser inquietantes: se produjeron «sin que adquiriesen caracteres suficientes a preocuparnos», según dijera el propio coronel Carrasco<sup>14</sup>. También en Vizcaya la situación mejoró ostensiblemente desde el día 8: reabrió el comercio, se reanudaron numerosos servicios (tranvías urbanos, Bolsa de Bilbao, ferrocarriles de cercanías y largo recorrido, periódicos —desde el día 11—, etc.), cedió la huelga y se fue normalizando la vida cotidiana (mercados, bares, espectáculos...). El día 11, la UGT de Vizcaya, la Alianza Obrera Revolucionaria de Guipúzcoa, y las federaciones vizcaína y guipuzcoana de Solidaridad de Obreros Vascos pidieron a sus afiliados que se reincorporaran al trabajo desde el día 12: era el reconocimiento de que la revolución había fracasado.

#### EL PNV Y LA REVOLUCIÓN

A la vista de tales hechos, aparece ya más clara la participación y responsabilidad que en su gestación y en su desarrollo pudieran tener las distintas fuerzas políticas vascas. La evidencia contra el PNV —supuestamente culpable de complicidades y complacencias con la revolución— fue verdaderamente escasa, poco convincente y, además, circunscrita a Vizcaya. En Guipúzcoa, la neutralidad (o la inhibición o la abstención, en cualquier caso, la no intervención) del nacionalismo vasco no fue puesta en duda. El 11 de octubre, una representación del partido se entrevistó en San Sebastián con el gobernador militar Carrasco:

<sup>14</sup> *El Pueblo Vasco*, San Sebastián, 6 de noviembre de 1934.

El PNV —decía la nota que le fue entregada a éste—, con la sinceridad que su rectitud de conducta le permite, manifiesta al señor gobernador militar, que ni ha tenido intervención en el movimiento revolucionario ni tiene ninguna clase de lazos ni compromisos con quienes se hallan aliados en tal empresa<sup>15</sup>.

Carrasco parecía convencido de ello: declaró a la comisión nacionálista que «no había tropezado él con ningún nacionalista complicado». Desde luego, no hubo en Guipúzcoa ni detenciones de nacionálistas ni clausura de centros y locales del partido. Es claro que los obreros de la sindical nacionálista Solidaridad de Obreros Vascos no entraron al trabajo prácticamente desde el día 5 hasta los días 10 y 11. Pero el propio Carrasco entendía que sov se había abstenido, pero que esa abstención no significaba que los solidarios vascos hubiesen secundado la huelga. Por el contrario, los nacionálistas alegarían que entre los papeles de los revolucionarios hallados en Hernani figuraban planes para la eliminación de conocidos militantes del PNV. No había un solo nacionálista entre los 170 vecinos de Eibar procesados militarmente por su participación en los sucesos revolucionarios. Respecto a Mondragón, el PNV condenó los asesinatos de Oreja y Rezusta en términos inequívocos. Oreja había formado parte de la candidatura «estatutista» por la provincia de Vizcaya que nacionálistas, carlistas y católicos independientes presentaron en las elecciones de 1931; eran sabidas las relaciones de íntima amistad que mantenía con muchos nacionálistas (con Aguirre, por ejemplo). *Euzkadi*, el órgano oficial del PNV, rechazó de inmediato —en su editorial del 12 de octubre— toda imputación en el caso Oreja (aunque nadie la hizo), calificó su asesinato como una «muerte alevosa» —en otros números posteriores exaltaría la serenidad con que Oreja afrontó su detención y ejecución—, y recordó que el político tradicionalista, aunque contrario al nacionálismo («enemigo nuestro en política»), mantenía fuertes vínculos de amistad y de afinidad ideológica con el nacionálismo: «era —siempre según el editorial de *Euzkadi*, de 12 de octubre de 1934—, por sangre y por más de un vínculo espiritual, uno de los nuestros». La muerte de Oreja conmocionó a los hombres del PNV (como a todo el País Vasco); políticamente, les causó un daño considerable. Josep Pla, el

<sup>15</sup> *Euzkadi*, 12 de octubre de 1934.

escritor catalán, escribiría que aquel asesinato había sido «un golpe contra los nacionalistas»<sup>16</sup>.

Donde las acusaciones contra el PNV tuvieron mayor entidad fue en Vizcaya. El gobernador civil, Velarde, llegaría a decir que tenía pruebas «concretas y terminantes» que probaban que el nacionalismo vasco había tenido «participación directa e importante» en el movimiento revolucionario<sup>17</sup>. Desde luego, Velarde debió creer lo que decía. Cerró numerosos «batzokis» —centros del PNV—, locales y oficinas tanto del PNV como de SOV en toda la provincia y procedió a la detención de numerosos cargos directivos del nacionalismo. El 29 de octubre —pasada ya, obviamente, la revolución pero suspendidas aún las garantías constitucionales—, la policía detuvo en Bilbao a dieciocho personalidades del nacionalismo —entre ellos, a toda la ejecutiva del partido en Vizcaya y a los diputados Aguirre y Eguileor— bajo la acusación de reunión clandestina (se habían reunido en el centro electoral del PNV, único local nacionalista no clausurado por las autoridades, precisamente para elaborar un informe sobre los sucesos del 34 que aclarase la conducta del PNV y SOV para su conocimiento por el ministro de la Gobernación).

La evidencia que, sin embargo, aportó Velarde no fue ni concreta ni terminante. Se limitó a dos puntos: a los sucesos de Portugalete y a una reunión celebrada el tercer o cuarto día de huelga en casa de un conocido médico nacionalista de Bilbao, el doctor Aguirreche. De los primeros, Velarde pudo precisar que representantes de los partidos socialista y comunista y de la CNT se habían reunido el día 5 con tres dirigentes nacionalistas locales —Velarde dio nombres e indicó el lugar de la reunión— y que de ésta había salido el acuerdo de unirse todos al movimiento; el gobernador puntuó incluso las calles y barricadas que correspondieron a los nacionalistas. Respecto a la reunión en el domicilio del doctor Aguirreche, los informes de Velarde indicaban que habían asistido a ella, entre otras personas, Luis de la Plaza, en representación del partido socialista y de la UGT —Plaza era concejal y colaborador próximo de Prieto—, y el diputado y dirigente nacionalista Heliodoro de la Torre, en nombre de SOV: según el gobernador, los nacionalistas

<sup>16</sup> J. Pla, «El asesinato de Marcelino Oreja», *El Pueblo Vasco*, Bilbao, 28 de octubre de 1934. Pla estaba entonces muy próximo a la Lliga catalanista.

<sup>17</sup> *Euzkadi*, 17 de octubre de 1934.

habían dado allí su asentimiento a la proposición hecha por Plaza de cara a la prolongación de la huelga<sup>18</sup>.

Eso fue todo. Cabe dudar, además, de la autoridad y representatividad que pudieran tener las personas implicadas en ambos episodios, excepción hecha de Luis de la Plaza y Heliodoro de la Torre. En todo caso, ello no alteraría la tesis de la no intervención nacionalista. El PNV no estuvo oficialmente ni implicado ni comprometido en la revolución de Octubre del 34. Las directrices que sus órganos dirigentes cursaron —y los de sov— ordenaban, como vimos, la abstención de los afiliados, la no intervención en actividad alguna no directamente dirigida por las organizaciones del nacionalismo. Las autoridades militares no encontraron indicio alguno de culpabilidad en los casos de los dirigentes del PNV de Vizcaya detenidos el 29 de octubre, que serían liberados paulatinamente a lo largo de noviembre y diciembre: el doctor Aguirreche mismo fue puesto en libertad, sin cargos, el 14 de noviembre. El 19 de este mes, se autorizó la reapertura de los centros y oficinas del PNV clausurados en octubre. Todo lo más que pudo ocurrir, por tanto —aparte, claro está, de lo que se dijera en las reuniones citadas—, es lo que ya entonces se explicó con el nombre de «teoría del desbordamiento»: que los dirigentes del nacionalismo, que evidentemente no querían la revolución, se vieron desbordados por Solidaridad de Obreros Vascos, muchos de cuyos afiliados engrosaron la huelga con su abstención y su ausencia del trabajo (abstención y ausencia no siempre fácilmente diferenciables de un paro pacífico voluntario y a las que contribuyeron, sin duda, las dificultades de comunicación entre dirigentes y afiliados). Esa fue, al menos, la tesis que dirigentes nacionalistas expusieron al escritor catalán Josep Pla, de creer el testimonio de éste (y parece creíble: «Alcibar», a quien ya se ha hecho referencia, diría que los trabajadores de sov «no debieron abstenerse», ya que esa abstención, además de reforzar el paro, provocó interpretaciones erróneas)<sup>19</sup>.

No podía ser de otro modo. El PNV era, de hecho, incompatible con la revolución y con el socialismo. El mismo Pla —por continuar con un testimonio significativo— lo definía, acertadamente,

<sup>18</sup> *Euzkadi*, 30 de octubre de 1934.

<sup>19</sup> Alcibar, «Objeciones erróneas», *El Pueblo Vasco*, San Sebastián, 14 de octubre de 1934; J. Pla, «El asesinato de M. Oreja. La famosa teoría del desbordamiento», *El Pueblo Vasco*, Bilbao, 28 de octubre de 1934.

como «un partido formado por católicos, un partido tradicionalista y burgués [...] contrario a la violencia, a la anarquía, al desorden». En el primer artículo que escribió cuando pudo reaparecer la prensa de San Sebastián, el 12 de octubre, «Alcíbar» recordaba que el Partido Nacionalista era «un partido de orden y fundamentalmente democrático cristiano», y afirmaba que las masas nacionalistas eran un elemento esencial en la evolución ordenada de la vida social vasca<sup>20</sup>. Toda la artillería publicitaria del PNV se orientó en la misma dirección. A medida que arreciase la campaña antinacionalista —que fue ciertamente violentísima, sobre todo en Vizcaya— la estrategia del PNV buscaría enfatizar los elementos más ranciamente reaccionarios del partido y de su ideología, y ofrecer una imagen y una definición del nacionalismo que lo identificaran con la defensa del catolicismo y del orden social. Así, los editoriales de *Euzkadi* recordarían reiteradamente que no se habían producido ni disturbios ni violencias en los lugares de Vizcaya y Guipúzcoa de fuerte tradición nacionalista; José de Arteche pondría de relieve que Solidaridad de Trabajadores Vascos era una entidad de carácter confesional y que estaba afiliada a la Internacional Obrera Cristiana con sede en Utrecht; José de Ariztimuño, «Aitzol», el influyente sacerdote nacionalista, aprovechaba la celebración del día de Cristo Rey el 28 de octubre para señalar que la aspiración esencial y prioritaria —casi mesiánica— del nacionalismo de Sabino Arana había sido la catolización del País Vasco y de la vida vasca: «Sabino Arana —escribía en *Euzkadi*, el 28 de octubre de 1934—, si realizó su obra, fue para que Euzkadi fuera una región llena de fe, vida, fiel, noble y generosamente sometida a Cristo Rey.» Arana le parecía «el heraldo de la realeza de Cristo», y la misión del nacionalismo no era, desde su perspectiva, sino la realización del diseño ultraconfesional de su fundador: «Vascos, confesemos a Cristo Rey —concluía “Aitzol”— [...] para que, colectivamente, reine Cristo en Euzkadi.» En la misma línea, aunque con lenguaje y estilo más mesurados, Aguirre, el hombre más representativo del partido, publicaría en 1935 su libro *Entre la libertad y la revolución, 1930-35*. Aguirre lo escribió para contrarrestar la campaña desencadenada contra el PNV desde octubre del 34; lo que argumentaba era que el PNV era un movimiento vasco esencialmente cristiano y no marxista, ajeno y equi-

<sup>20</sup> Alcíbar, «Al pasar la ola...», *El Pueblo Vasco*, San Sebastián, 12 de octubre de 1934.

distante de toda «revolución», tanto de la derecha —como, según Aguirre, se vio en 1931-33—, como de la izquierda, como, en su opinión, se había demostrado en octubre de 1934.

La dirección de la revolución del 34 en el País Vasco correspondió a la izquierda obrera y, fundamentalmente, al partido socialista, la fuerza hegemónica en el movimiento obrero en la región, apoyado por los comunistas, de influencia no menor en algunas localidades (Gallarta, Musques, Bilbao, Mondragón, Portugalete principalmente) y aun, en algún caso, por los cetenistas (como en Pasajes, donde al parecer la CNT tuvo mucho que ver con el violento tiroteo del día 8). Socialistas eran los responsables de todos y cada uno de los 23 grupos operacionales que, según las autoridades, debían ocupar Eibar de acuerdo con el plan insurreccional, y socialistas eran la inmensa mayoría de los 170 vecinos de la localidad procesados y condenados —ya en enero de 1936— por su participación en aquellos sucesos (como Toribio Echeverría, Benigno Bascaran, Alejandro Tellería, etc.). Socialista era Víctor Gómez, secretario del Sindicato Minero de Vizcaya, y al parecer, jefe del movimiento revolucionario en la zona minera; socialistas eran Fulgencio Mateos y Paulino Gómez, encargados, por lo visto, de coordinar la acción en Bilbao. Casi todos los dirigentes del socialismo vasco (Indalecio Prieto, Julián Zugazagoitia, Guillermo Torrijos, Juan de los Toyos, Víctor Salazar, Fermín Zarza, Sergio Echeverría, Luis de la Plaza, Ramón Rubial, Eulogio Urréjola y un largo etcétera) o acabaron en prisión o hubieron de exiliarse. En cualquier caso, el socialismo asumió la mayor responsabilidad en aquel movimiento revolucionario.

Este no tuvo nada que ver con el pleito de los ayuntamientos vascos del verano de 1934, al que se ha hecho referencia más arriba. Es más; a partir de la asamblea de Zumárraga del 2 de septiembre antes mencionada, quedaron prácticamente interrumpidos los contactos del PNV con la Esquerra y los socialistas, tanto más así cuando, después de Zumárraga, se quiso —como también quedó indicado— que los partidos asumieran la dirección del pleito municipalista. El PNV se opuso terminantemente, y dejó clara su voluntad de buscar una salida negociada al problema y de reincorporarse al Parlamento. Condenó la revolución obrera, en el País Vasco y fuera de aquél; y aunque oficialmente nada dijo de la rebelión de la Generalidad de Cataluña, no debió aprobarla; «Alcíbar» al menos, se refirió a ella como «la locura de la subversión de Companys» y criticó en térmi-

nos muy duros la que calificó como «política dictatorial» de la Esquerra al frente del gobierno autónomo catalán<sup>21</sup>.

Ahora bien; si todo eso parece cierto, no lo es menos que la política seguida por el PNV antes de la revolución fue una política de plena coincidencia con los planteamientos de la Esquerra catalana y del Partido Socialista (de ahí, la asistencia de las tres fuerzas a Zumárraga); y que la actitud del PNV durante la revolución fue una actitud silenciosa y expectante. El PNV hizo la política de la Esquerra al retirarse de las Cortes en junio; e hizo la política de republicanos de izquierda y socialistas al volcar todo el peso de su enorme influencia en la cuestión de los ayuntamientos (con independencia de que éstos tuvieran razón, plena o parcial). El pleito municipalista creó un clima de tensión que favoreció y alimentó las expectativas revolucionarias e hizo pensar —puesto que se sabía de los preparativos del movimiento al menos desde junio<sup>22</sup>— en compromisos del PNV en la acción insurreccional. Como sabemos, no los hubo; pero el PNV no se posicionó abierta y claramente contra la revolución; y la actitud ya referida de SOV permitió que se hablara de su participación directa en la huelga (y eso lo dijo tanto la prensa de la derecha, como un republicano de izquierda como Pedro Sarasqueta)<sup>23</sup>. El PNV se desligó del movimiento revolucionario del PSOE y de la Esquerra demasiado tarde. Casi se podría decir que si no se adhirió a la revolución, tampoco se opuso a ella. Por eso, la presteza y la insistencia con que salió a rechazar las acusaciones que se le hicieron; pero, por eso también, que apenas si se diera crédito a sus argumentos exculpatorios.

La revolución de Octubre fracasó, pero sus consecuencias tendrían una notable influencia en la política vasca. Marcó la ruptura definitiva entre la derecha y el PNV, evidenciada en la campaña antinacionalista lanzada por *El Pueblo Vasco* y *La Gaceta del Norte* de Bilbao: si se quiere, marcó la ruptura entre la burguesía «españolista» vasca y la burguesía nacionalista. Temiendo una fuga de votos católicos y conservadores —en razón de esa pérdida de crédito que su conducta en 1934 le supuso—, el PNV buscaría desde Octubre refor-

<sup>21</sup> Alcibar, «Objeciones erróneas», *El Pueblo Vasco*, San Sebastián, 14 de octubre de 1934.

<sup>22</sup> El propio Velarde se lo advirtió a Aguirre: J. A. Aguirre, *op. cit.*, p. 544.

<sup>23</sup> P. Sarasqueta, «Nacionalismo convencional», *La Voz de Guipúzcoa*, 13 de octubre de 1934.

zar su imagen de partido de orden y confesional, como quedaría de manifiesto, sobre todo, en el énfasis antirrevolucionario que dio a su campaña en las primeras elecciones que se celebraron tras Octubre del 34, en las elecciones de febrero de 1936.

Antes, el PNV había estado ya en las Cortes desde el momento en que éstas se reabrieron, vencido ya el intento revolucionario, el 5 de noviembre de 1934. Al día siguiente, los diputados vascos votaron la confianza al gobierno radical-cedista y volvieron a hacerlo en distintas ocasiones a lo largo de 1935 (cuando la entrada de la CEDA en el gobierno había sido precisamente el detonante de la revolución de Octubre). Los acontecimientos de 1934 —pleito de los ayuntamientos, sucesos revolucionarios— pusieron de relieve las contradicciones del PNV y terminarían por reforzar su aislamiento político. El pleito municipalista reveló la disposición del nacionalismo vasco a buscar cualesquiera alianzas de cara a la demanda o a la defensa de sus aspiraciones de autogobierno (en aquel caso, en defensa del Concierto Económico y de la autonomía municipal). Pero Octubre de 1934 señaló los condicionamientos sociales que enmarcaban los planteamientos «peneuvistas». Aunque otra cosa dijera la derecha y a despecho de silencios descalificadores y aun de alguna complicidad aislada, el PNV, como partido de la burguesía católica y de las clases medias urbanas y rurales vascas, no podía apoyar un movimiento revolucionario de clase. No podía hacerlo ni siquiera Solidaridad de Obreros Vascos, la central sindical de trabajadores y empleados católicos vascos, de ideología y concepciones volcadas a la negociación y a la conciliación. Aun no ignorando que en algunos puntos las bases nacionalistas y, sobre todo, los «solidarios» debieron desbordar la voluntad neutralista de la dirección del nacionalismo, parece innegable que PNV y SOV jugaron en las jornadas del 5 al 11 de octubre de 1934 un papel esencialmente estabilizador, en línea con su tradición católica y moderada.